

Diócesis de Barbastro-Monzón

«Dios creó al hombre para la vida»

(Sab 2, 23)

El don de la vida eterna

«Os anunciamos lo que hemos visto y oído»

(1 Jn 1, 3)

4

Cuarta Semana de Cuaresma

Comenzamos orando

Como venimos haciendo, empezamos rezando. La siguiente oración puede servirnos también para dar gracias a Dios al comenzar el día por tantos regalos como nos hace constantemente. El encuentro cuaresmal de esta semana nos lleva a pensar en nuestro «andar peregrino». Somos peregrinos que nos dirigimos hacia una «vida eterna». ¡Qué gran regalo del Padre!

Gracias, Señor, por la aurora;
gracias por el nuevo día;
gracias por la Eucaristía;
gracias por nuestra Señora.
Y gracias por cada hora
de nuestro andar peregrino.
Gracias por el don divino
de tu paz y de tu amor,
la alegría y el dolor,
al compartir tu camino.

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos. Amén.

(Liturgia de las Horas).

El apóstol San Juan, con la intención de mantenerlos firmes en la fe recibida de los Apóstoles, recordaba a los cristianos de las iglesias de Asia: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! (...) Y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifestaste, sere-

mos semejantes a Él, porque Le veremos tal cual es» (1 Jn 3, 1-2). Estas palabras nos hacen caer en la cuenta de que lo mejor del don de la vida es que esa vida *es eterna*. Estamos llamados a ver a Dios tal cual es y a departir con Él familiarmente, pues para eso somos sus hijos.

Algunos no desean vivir eternamente

Aunque nos suene raro, algunos no desean vivir eternamente. El papa Benedicto XVI, en su encíclica sobre la esperanza, habla de esto expresamente:

«Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre —sin fin— parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable.»

(Spe salvi, 10).

Y, sin embargo, nadie quiere morir. Entonces, ¿qué nos pasa?, ¿qué es realmente lo que queremos? El Papa pone luz en esta contradicción cuando dice:

«En el fondo queremos sólo una cosa, la “vida bienaventurada”, la vida que simplemente es vida, simplemente “felicidad”. (...) Deseamos la vida misma, la vida verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al

mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. (...) “Eterno” suscita en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo; “vida” nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos, que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos. (...) Con nuestro pensamiento podemos augurar que la eternidad no sea un continuo sucederse de días del calendario, sino como el momento pleno de satisfacción. (...) Sería el momento de sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo —el antes y el después— ya no existe, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: “Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría”»

(Spe salvi, 12).

Esa plenitud, cuya experiencia más sublime es la del amor, nos permite rastrear lo que va a ser la vida eterna. No se espera el cielo porque se desespere de la tierra; al contrario, nos atrevemos a esperar una felicidad eterna, porque a veces somos felices en la tierra. Sobre todo cuando nos amamos sinceramente, generosamente. Entonces experimentamos que somos algo absolutamente precioso para alguien y, al mismo tiempo, nos sentimos capaces de apreciar con toda el alma —hasta la muerte— a alguien. La experiencia del amor es tan profundamente espiritual y humana que nos permite vislumbrar el gozo de la vida eterna. El pensador francés Gabriel Marcel llega a decir: «amar a un ser equivale a decirle: no morirás», y el dramaturgo Ionesco pone en boca de uno de sus personajes esta rotunda convicción: «si amas absolutamente, la muerte se aleja». ¡Cómo concuerdan estas intuiciones humanas con

la promesa de Jesús, que nos recordaba el Papa: «Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría!»

Pero llegados a este punto es indispensable advertir que quien no haya tenido experiencia del amor, quien nunca se haya sentido amado, ni haya amado nunca a alguien de verdad, es muy difícil que pueda creer en una sobrevida, en una vida eterna, pues difícilmente la vida le parecerá algo suficientemente valioso como para desear que sobrepase a la muerte. De ahí, la imprescindible prioridad del amor, que expresa el siguiente texto con el que ahora podemos orar:

Primero ama; porque la vida sin amor... no vale nada.
La justicia sin amor te hace duro.
La inteligencia sin amor te hace cruel.
La amabilidad sin amor te hace hipócrita.
La fe sin amor te hace fanático.
El deber sin amor te hace malhumorado.
La cultura sin amor te hace distante.
El orden sin amor te hace complicado.
La agudeza sin amor te hace agresivo.
El honor sin amor te hace arrogante.
El apostolado sin amor te hace extraño.
La amistad sin amor te hace interesado.
El poseer sin amor te hace avaricioso.
La responsabilidad sin amor te hace implacable.
El trabajo sin amor te hace esclavo.
La ambición sin amor te hace injusto.
Por último, ama;
porque como decía San Juan de la Cruz,
«Al atardecer de nuestra vida se nos juzgará sobre el amor»

¿Cómo será la vida eterna?

Ésta es la pregunta del millón. Pero Jesús dejó muchas pistas para que podamos imaginar cómo será la vida eterna. Según quiénes eran sus oyentes, Jesús utilizaba diferentes imágenes para explicar a qué se parece el Reino de Dios, que él identifica con la vida eterna. A los mercaderes les hablaba de una perla preciosa o de un tesoro encontrado en un campo («El Reino de los Cielos es semejante a un mercader que anda buscando perlas finas, y que al encontrar una de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra»). A los pescadores les encandilaba con la promesa de una red repleta de peces; a los campesinos, con la visión de un campo rebosante de mies.

Entre todas sus imágenes destaca la del banquete de bodas, que utilizó en muchas de sus parábolas. El banquete y las bodas evocan dos instintos prioritarios de los seres humanos —el alimento y la reproducción—, que, por formar parte de lo substancial de la vida humana, quedan humanizados y espiritualizados. La alegría, la comunicación, la capacidad de compartir que se genera en un banquete de bodas llega a ser más importante que la comida y bebida con las que se calma el hambre y la sed. Son símbolos del carácter comunitario de la felicidad, de que la vida eterna no es una esperanza individualista, sino una notable experiencia de plenitud. Las imágenes del banquete y de las bodas, en su profunda ingenuidad, nos advierten que la dicha experimentada en la tierra es anuncio y anticipo de la del cielo. Es sublime y consolador el realismo de Jesús.

Pero, en definitiva, ¿en qué consiste la vida eterna? Jesús lo dijo con una frase henchida de significado: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado

Jesucristo» (Jn 17,3). Poco antes, Felipe había pedido a Jesús: «Muéstranos al Padre y nos basta». A lo que Jesús, un poco decepcionado por la escasa comprensión de su discípulo, le respondió: «¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre». Con esta respuesta Jesús deja ver qué significa conocer al Padre. Conocer a Jesús y conocer al Padre es lo mismo, porque no se trata sólo de saber que te llamas Jesús, que has vivido en Nazaret y durante muchos años fuiste carpintero como José, el que pasaba por se tu padre; sino que conocer a Jesús es haber penetrado y comprendido algo del misterio de tu persona, haber experimentado tu capacidad de entrega sin medida y haber aceptado tu invitación a compartir ese modo de vivir. Los esposos, cuando se aman, se conocen de este modo: penetran en el ser del otro, se entregan uno al otro sin medida y comparten la vida en profundidad.

Cuando Jesús dice que la vida eterna consiste en conocer al Padre, apunta en la misma dirección: se trata de penetrar en el misterio del Creador que se entrega a sus criaturas para que tengan vida, de acoger agradecidos tanta generosidad y dejar que Él comparta su vida con nosotros. En una palabra, dejar que el Padre nos regale su propia vida. Igual que una madre llama a su bebé ¡vida mía!, Dios dice de Jesús: tú eres mi Hijo, tú eres mi vida..., que os entrego a vosotros: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16).

En el siguiente soneto, escrito poco antes de su muerte, José Luís Martín Descalzo vislumbró su entrada en la vida eterna como un «cruzar una puerta a la deriva y encontrar lo que tanto se buscaba». Seguramente sus palabras nos ayudan a terminar de entender qué es la vida eterna:

El don de la vida eterna

Y entonces vio la luz. La luz que entraba
por todas las ventanas de su vida.
Vio que el dolor precipitó la huida
y entendió que la muerte ya no estaba.

Morir sólo es morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba.

Acabar de llorar y hacer preguntas;
ver al Amor sin enigmas ni espejos;
descansar de vivir en la ternura;

tener la paz, la luz, la casa juntas
y hallar, dejando los dolores lejos,
la Noche-luz tras tanta noche oscura.

Lo que hemos visto y oído

Después de todo, tampoco nos ha de resultar tan difícil conocer la vida eterna. El apóstol san Juan dice que él y los demás apóstoles la han «visto» y «palpado». Al comienzo de su primera carta, la que escribió para alentar la fe de los cristianos de las iglesias de Asia, se puede leer la siguiente declaración:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, —pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el

El don de la vida eterna

Padre y que se nos manifestó— lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo.»

(1 Jn 1, 1-4).

Cuatro cosas nos dice este testigo que merecen ser subrayadas. En primer lugar, la calidad de su testimonio: ha visto, oído, contemplado y tocado; no se engaña y sabe de qué está hablando. En segundo lugar, el objeto de su testimonio: ha visto, oído y palpado la Palabra de vida o, como dice a continuación, «la vida eterna, que estaba con el Padre y que se nos manifestó»; evidentemente, está hablando de Jesucristo, Palabra de Dios y *vida eterna* para nosotros. Nadie podrá ya tener dudas sobre quién es la vida eterna. En tercer lugar, el efecto que produce su anuncio o testimonio: la comunión; por encima de nuestras diferentes sensibilidades y modos de ser, el encuentro con Jesucristo como Palabra de vida y vida eterna para todos nos vincula con la fuerza de una comunión que hemos de hacer todo lo posible para que sea real y profunda. Y por último, una consecuencia que nadie ha de ocultar: el gozo, la alegría que nos produce el conocer que la vida es eterna: «os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo».

Al comienzo de esta Cuaresma nos proponíamos recuperar la actitud de acción de gracias por el don de la vida. En estas jornadas finales, también nos damos cuenta que tenemos derecho a recuperar el gozo, la alegría por el don de la vida. ¿Qué más podemos pedir?

Sugerencias para esta semana

- ❖ Vuelve a leer las reflexiones de esta semana y subraya las que te parecen más útiles para alegrarte por el gozo de la vida eterna.
- ❖ ¿Qué voy a hacer durante esta semana para crecer en ese conocimiento del Padre en el que, según Jesús, consiste la vida eterna?
- ❖ ¿Cómo puedo conseguir que el gozo de la vida eterna sea más fuerte que las frustraciones, problemas y disgustos que me proporciona la vida diaria?

[Si es posible, comparte tus reflexiones con otros cristianos en grupo]

Guía para orar durante la Cuaresma

*Para la cuarta semana de Cuaresma
Del 14 al 20 de marzo*

Hechos para la vida eterna.

El ser humano concreto, cada persona, es incomparablemente superior a todos los bienes de la tierra. A la luz de la Palabra de Dios el hombre se comprende como fin de la creación y tiene en Dios su último fin. Vivir es vivir en el amor creador y acogedor de Dios. No hemos sido creados para el olvido ni para la nada sino para participar en la vida eterna que es propia del Creador.

Lecturas de la Palabra de Dios

- Domingo, 14 de marzo: Lucas 15, 1-13.11-32
Cuando uno tiene a Dios en el corazón, se renueva por dentro, está abierto a todo cambio y va dejando a un lado todo lo que quita vida. Cuando uno tiene a Dios se vuelve al amor de los demás.
- Lunes, 15 de marzo: Juan 4, 43-54
Tú nos ofreces, Señor, otra manera de estar en el mundo que nos producirá una alegría auténtica y así conseguiremos la felicidad que buscamos. No nos dejes vivir de forma gris ni ser personas mediocres.
- Martes, 16 de marzo: Juan 5,1.3.5-16
Tú eres el agua viva, Dios mío, que apaga toda sed y ansiedad. Tú haces brotar la vida dentro del que te encuentra. Contigo podemos dar frutos de amistad, justicia y paz.
- Miércoles, 17 de marzo: Juan 5, 17-30
Señor, tú eres nuestro Padre. Nos cuidas y nos proteges de todo mal. Tendríamos que estar continuamente cantando la alegría de tenerte y celebrando la fiesta de la vida.
- Jueves, 18 de marzo: Juan 5, 31-47
Tu paciencia, buen Padre Dios, es infinita. Por más que te fallemos tus hijos, tú siempre estás dispuesto a perdonarnos. Contigo siempre podemos comenzar de nuevo. Gracias, Señor, por tu bondad y comprensión.

El don de la vida eterna

- Viernes, 19 de marzo: Juan 7,1.10.25-30

A veces, Señor, nos decimos cristianos y actuamos en contra de los hermanos y de tus mandamientos. Conviértenos a ti, Señor, de todo corazón.

- Sábado, 20 de marzo: Juan 7, 40-53

Señor, aunque me ocurran cosas difíciles, yo sé que tú estás conmigo en todos los momentos de mi vida. Por eso nada temo si vivo consciente de tu presencia constante en mi vida.

Palabras para orar

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor: muéveme el verte
clavado en una cruz escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme en fin, tu amor y en tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y, aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero, te quisiera.